

trata, en suma, de las mismas cuestiones que ahora ilumina esta manejable edición de *Teatro argentino breve*, vinculable por numerosas razones a la enciclopedia que mencionábamos más arriba.

Aparte de una atractiva antología de textos, todos ellos fuera del uso ordinario para una mayoría de lectores y espectadores hispánicos, el volumen contiene una densa reflexión sobre el teatro argentino y sobre la dramaturgia puesta en práctica durante la etapa que indica el título. Con direcciones no muy apartadas en su desarrollo, la crónica alberga veinte años de actividad. En su primer lapso (1961-1976), nos dice el prologuista que el sistema teatral argentino propendió inicialmente a la ruptura y luego al intercambio de procedimientos. En cuanto a tendencias, dieron a conocer sus virtudes el realismo reflexivo y la neovanguardia absurdista. Tras los hallazgos de Eduardo Pavlovsky, a quien Pellettieri destina líneas de mucha enjundia, el rasgo cuya permanencia consta mejor es una cierta homogeneización, interpretable asimismo en clave política. Este último matiz —el ideológico— adquiere una categoría fascinadora a lo largo de la segunda fase (1976-1985), coincidente por cierto con el dramático quiebro en la historia nacional. Acá el rasgo de rebeldía contra el tirano —conviene señalarlo—, se revela en aquel ciclo de *Teatro Abierto* que ya ha pasado a la

mitología escénica local, y que aún emociona por las circunstancias en que logró desenvolverse. Por lo demás, aun confirmando su grado dentro de esa periodización que compone la antología, las obras seleccionadas burlan un criterio homogeneizador y, leídas por orden, manifiestan una peculiaridad estimulante. Muy explicativa de esta desemejanza es la lista de autores convocados, útil además para resumir las intenciones de la serie: Eduardo Pavlovsky (*La espera trágica*), Ricardo Halac (*Tentempié I*), Óscar Viale (*Convivencia*), Julio Mauricio (*Los datos personales*), Ricardo Monti (*La cortina de abalorios*), Carlos Gorostiza (*El acompañamiento*), Griselda Gambaro (*Decir sí*), Roberto Perinelli (*Coronación*), Roberto Cossa (*El tío loco*), Mauricio Kartún (*La casita de los viejos*) y Eduardo Rovner (*Concierto de aniversario*).

La ciudad ausente, Ricardo Piglia, Anagrama, Barcelona, 2003, 168 pp.

Para el lector de esta novela, ningún problema parece tan poderoso como la definición de su trama. Seguramente no es conjetura vacía suponer que incluso en los pasajes más lineales cabe hallar pruebas imaginativas, reverberaciones y zigzagues, paradojas, infidelidades y

travesuras de género. Véase, como muestra, este párrafo que concentra las influencias más poderosas del texto y da en esencia los argumentos literarios que postula en su construcción: «Por eso —dice el narrador— he de volver a la ciudad de los tres tiempos y a la bahía donde reposa la mujer de Bob Mulligan y al Museo de la Novela donde está el Finnegans, solo en una sala, en una caja negra de cristal. También yo voy a cantar en la taberna de Humphry Earwicker, golpeando el puño contra la madera de la mesa y tomando cerveza, una canción que habla del pájaro tuerto que vuela sin parar sobre la isla». Es cosa obvia: si las voces literarias han de explicarse con auxilio de otras voces, bueno será recoger aquí el detalle de Arlt, Macedonio, Joyce y Borges. Un favor que luego es compensado por la energía consciente de lo metaliterario, rebosante en una pieza como ésta, donde la escenografía de Buenos Aires logra acomodarse al asunto, o por mejor decir, *viene a cuento* y adquiere así una virtud evocadora que remite a obras de autores como los ya citados. Al cabo, el espacio urbano delimita el vagabundeo, prefiere la polifonía y luego sintetiza las contradicciones.

De modo análogo, el personaje principal, Junior, y las demás criaturas que acuden a participar en su peripecia, acaban revelando su genuina condición: la de un enjam-

bre de ficciones, a cual más excéntrica, pero entrecosidas por un autor/arquitecto que, al modo de Fowles, manipula las convenciones del narrador omnisciente y delata con frecuencia su compañía. Claro está, hablando en términos literarios, no es posible la reedición fotográfica de una metrópoli, el acceso directo a su realidad mediante un modo de observar del todo imparcial y objetivo, más propio de ángeles o dioses. En cualquier caso, Piglia sabe que lo valioso a la hora de manejar este tipo de episodios no es la cantidad y certeza de la documentación, sino el modo en que ésta se organiza a través de la escritura y es intuida por cada uno de los posibles lectores. Si, como apunta Heinz von Foerster, el paisaje bien puede ser el mapa, cabría pensar que el relator y la vivencia urbana se funden acá en el proceso circular de hacerse el uno a la otra. Al fin, Junior viene a ser un símbolo involuntario de la confusión cuyo recuerdo es una serie de indicios y medias verdades, y ello ha permitido a su creador destilar nuevas combinaciones del personaje, volcando en cada párrafo modelos posibles, panoramas, desafíos y borradores.

Todo lo anterior nos conduce a un modelo de novela dialogada, compleja y escurridiza, donde no son raros el manejo deliberado de la digresión, el descarte de algunas normas tradicionales y el paso a ramificaciones que llevan a la espe-

sura conceptual. Dicho con otras palabras: acaso sea ésta una pieza romántica o una intriga política, pero por encima de esos rótulos, su mayor logro reside en desfigurar la ciudad hasta convertirla en un dominio prodigioso, habitado por el relato —«Estas historias y otras historias las conté, no importa quién habla»—. Al pie de esa cuesta, nada parece real y el desconcierto es la prueba más fehaciente de que el narrador, bien urdido por Piglia, ha logrado catalogar su impostura con auxilio del lector.

De ello no hay duda, el desenfoque resulta atractivo: es sabido que la más ardua dificultad de la verosimilitud reside en definirla, lo cual puede muy bien equivaler a definir la verdad, y si los más perplejos concluyen que en la vida y en la literatura todo es irreal o ilusorio, entonces nuestro único alivio será leer engaños delicados y sugestivos como éste.

La izquierda reaccionaria. Síndrome y mitología, *Horacio Vázquez-Rial, Ediciones B, Barcelona, 2003, 293 pp.*

La historia de este volumen comienza en el mismo lugar donde empezaron las ilusiones políticas de su autor: en los asentamientos ideo-

lógicos que fue ocupando el suelo de la izquierda, aunque asimismo en alguna otra zona arcillosa, más cómoda y libre, donde hoy componen su armazón doctrinal los pensadores socialdemócratas. En un territorio tan heterogéneo y formidable, hay distintas estaciones que se reparten por ese trazado que, en primer término, dibujó el marxismo. Un itinerario donde, por cierto, las estelas románticas van quedando tiznadas por las muchas turbiedades del socialismo real, cuyo programa conduce al subsuelo donde habitaron Stalin, Kim Il Sung y Pol Pot. En todo caso, ahora, al examinar esas texturas, Vázquez-Rial, advierte algo más allá y denuncia con cierto deje de alarma un ingrediente reaccionario en las modernas izquierdas europeas y americanas. Dato importante: lo que llama la atención al analista no es el primer plano de ese arrebató nostálgico —viejas banderas en manos juveniles—, sino algo menos palmario. A su modo de ver, el riesgo queda situado en el impreciso terreno que se abre al final de los movimientos antiglobalizadores y frívolamente multiculturalistas, que no pretenden articular propuestas homogéneas ni gobernar Estados por vía democrática, pero al cabo se muestran capaces de conciliar sus tradicionales fobias —el antisemitismo y el antiamericanismo más cerriles— con lealtades de muy censurable justificación —por ejemplo, no escasean en

ese ámbito quienes celebran o justifican las acciones de Al Qaeda y la barbarie de más de un grupo guerrillero—. Así, en contraste con un costado de la izquierda democrático y equilibrado, el autor halla otro flanco que, bajo la misma divisa, muestra crecientemente su odio a la cultura de la Ilustración.

De forma oportuna, tras leer el diagnóstico de dicha crisis de identidad, viene a la memoria la frase con la que Jean-François Revel resume su más reciente entrega editorial: el misterio de obsesiones como el antiamericanismo no es la desinformación, sino la voluntad de ser desinformado. Al dirigir la mirada al mismo campo, lo que a modo de prueba detalla Vázquez-Rial son, justamente, parcelas de voluntaria ignorancia: la petición de ayuda a los países pobres sin ningún análisis previo de su execrable circunstancia política, tantas veces causante de dicha decadencia; el reclamo de la cancelación de deudas externas contraídas por tiranos que luego se afianzan en el poder; los halagos dirigidos a exóticas formas de organización social sin comprender cómo éstas cultivan el germen de la desigualdad en su doctrina antropológica; el fomento de la inmigración ilimitada sin estudiar los criterios de integración a tener en cuenta frente a ciertas minorías; y en fin, la insistencia en determinados mitos y caricaturas que sirven para escarne-

cer al opositor, atribuyéndole inicuas habilidades, pero ocultando que aquéllos parten de datos a todas luces recusables, logrados por simple destilación de consignas.

Decidido a conceder valor a este último rasgo, el escritor hace notar, con todo acierto, que fue Fidel Castro quien arruinó la economía cubana, y en modo alguno ese bloqueo cuya importancia real es mucho menor de lo anunciado por los propagandistas del dictador isleño. De igual forma, para esclarecer la supuesta responsabilidad del expansionismo norteamericano en una dictadura tan cruenta como la argentina, recuerda Vázquez-Rial que Radio La Habana consideraba a Videla un «general patriótico y antiimperialista». Aún más: cuando Jimmy Carter decretó el bloqueo económico a Argentina por un claro atropello de los derechos humanos, la URSS se convirtió en el principal apoyo económico exterior de la junta militar.

No hay duda de que el autor, a cuyo propósito incumbe historiar otros episodios de este jaez, revisa las sinuosidades del tema con apasionamiento, convicción y finura metodológica. Siempre con iguales toques de habilidad descriptiva, encauza su pesquisa exaltándola hasta persuadir al lector de una clara necesidad: reacuar la figura de la izquierda es una estrategia ineludible para la supervivencia de esta